

historia

editorial

Luis Molinos

LA
PERLA
DE
AL-ÁNDALUS



• Una perla que protege a los que luchan y aman y un joven en busca de su identidad durante los años trágicos del derrumbe de la capital de al-Ándalus son los protagonistas de esta conmovedora novela.

La perla de al-Ándalus

Luis Molinos

Rocaeditorial

© Luis Molinos, 2009

Primera edición: enero de 2009

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.^a
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92429-73-8
Depósito legal: M. 54985-2008

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Índice

I. Donde los castellanos regresan a sus tierras . . .	11
II. Llega un hombre muy grande con un trabajo inesperado	20
III. Los amigos temen que tendrán que combatir . .	35
IV. Un trabajo exigente y una caída	40
V. Donde Hassán les reprende su comportamiento	50
VI. Una reunión literaria	53
VII. Samuel les informa sobre el general Omar	67
VIII. De cómo son arrastrados a la guerra	71
IX. ¿Por qué estamos aquí?	79
X. El vuelo del zorzal	87
XI. Un abrazo apasionado	98
XII. Nadie encuentra la bolsa	103
XIII. Donde aparece Al Qurtubí	109
XIV. Sitiados	117
XV. Zaida toma una decisión	123
XVI. Donde Al Qurtubí le anuncia un viaje importante	126
XVII. Los acontecimientos se precipitan	130
XVIII. El <i>sahib al shurta</i> quiere saber qué ha pasado . .	143
XIX. Se encuentran con tres hermanos castellanos . .	155
XX. Se inicia la investigación	162
XXI. La entrevista	167

XXII. Donde Samuel es interrogado	172
XXIII. Se alcanza un acuerdo	176
XXIV. No se hace la luz	181
XXV. Un regreso muy triste	184
XXVI. El <i>sahib</i> encuentra su verdad	189
XXVII. Maryam sabe cosas que Tomás desconoce	194
XXVIII. Al Qurtubí monta en cólera	200
XXIX. A veces el tiempo fluye muy deprisa	207
XXX. Las mujeres se interponen en la disputa	215
XXXI. De lo que sintió en Ramadán	220
XXXII. De los intentos por recuperar lo perdido	225
XXXIII. Wadih asesinado	232
XXXIV. Una huida a la esperanza	238

Antecedentes

Abd al-Rahmann III, de sobrenombre al-Nasir, o el Conquistador, fue el primero de los gobernantes de al-Ándalus que se proclamó califa. Con esa acción quiso añadir la autoridad religiosa al poder político que ya detentaba, y así romper definitivamente los lazos espirituales que todavía le unían a los califas de Bagdad. Con él alcanzó el territorio su máximo esplendor. Su mandato se extendió durante gran parte del siglo X, en un largo y próspero período de casi cincuenta años. En ese tiempo restableció el orden interno aplastando las rebeliones que se habían producido en años anteriores y mantuvo a raya a los reinos cristianos del norte de la Península y a los pueblos levantiscos del norte de África. Convirtió a Córdoba, Qurtuba para los musulmanes, en la ciudad más importante de Occidente en su época, pavimentando sus calles y dotándolas de alumbrado público y alcantarillado. Se calcula que la ciudad llegó a contar con 200.000 habitantes, 600 baños públicos y 70 bibliotecas. En su tiempo florecieron la poesía, la medicina, la filosofía y la astronomía. Añadió un nuevo alminar a la gran mezquita y mandó construir a las afueras de la ciudad el majestuoso palacio de Madina al-Zahra, donde residió hasta el final de sus días.

A su muerte le sucedió su hijo Al Hakam II, quien prolongó la brillante situación durante otros quince años. Ilustrado, sensible y fundamentalmente preocupado por la cultura, llegó a reunir una biblioteca de 400.000 volúmenes que abarcaban todas las ramas del conocimiento. Cuando falleció, en el año 976, su hijo y heredero Hixam II era todavía un niño. Amparándose primero en la edad del infante, y después en su debilidad de ca-

rácter, fue Almanzor el que detentó el poder absoluto durante un largo período en el que sostuvo con mano de hierro el apogeo del califato. En una ascensión política meteórica, pasó en unos pocos años de escribiente a convertirse en el hombre más poderoso de al-Ándalus, ejerciendo de califa en la práctica y manteniendo recluido y aislado en su palacio al legítimo heredero. Murió en 1002, al regresar de una de sus muchas batallas de castigo contra los cristianos del norte, pero antes de expirar trasladó sus poderes a su propio hijo Abd al Melik, que consiguió mantener la situación durante otros siete años.

A la muerte de éste, probablemente envenenado por su hermanastro Abd al-Rahman Sanyul, estallaron en Córdoba violentas revueltas entre las distintas facciones que pretendían hacerse con el poder. Una de ellas, la que impulsaban los beréberes que querían instalar en el trono a Suleyman al Mustain, pidió la colaboración del conde Sancho García de Castilla para que les ayudara a derrotar a sus oponentes.

8 *En el verano del año 1009, el conde acudió con sus tropas a la capital de al-Ándalus y culminó con éxito la empresa para la que había sido contratado. Los castellanos cobraron por sus servicios y regresaron a sus tierras. Desde la llegada a la Península de los musulmanes, casi trescientos años antes, ésta fue la primera vez que los cristianos influyeron directamente en el gobierno del califato.*

¡Vete en mal hora, perla de la China!
Me basta a mí con mi rubí de España.

IBN HAZM DE CÓRDOBA (994-1063)

I

Donde los castellanos regresan a sus tierras

*I*nmóvil, de pie bajo la frondosa higuera, seguía con los ojos humedecidos por las lágrimas la marcha de la gran hilera de hombres y bestias.

Una pena implacable le atenazaba el pecho; como si alguien le apretara allá adentro con despiadada fuerza.

¡Llevaba tanto tiempo mirando a las tropas que se alejaban por el valle!, ¡tanto tiempo...!

Estaba allí desde antes que el sol llegara a su cénit, observando cómo infantes y caballeros ascendían el montículo del extremo norte, lo alcanzaban en el punto entre las dos masas de árboles y desaparecían a su vista. Uno tras otro, inexorablemente.

Se desplazaban con demasiada lentitud para su dolor pero con demasiada rapidez para su esperanza.

Ahora, con el astro ya declinando sobre el bosque de encinas, su atención se concentró en un pequeño grupo de caballeros que se habían detenido al lado del camino y parecían mirar en su dirección. Con toda probabilidad observaban admirados la gran ciudad mientras las sombras la iban arropando con delicadeza.

Aunque la distancia le impedía distinguirlos lo suficiente para identificarlos, estaba seguro de que su padre era uno de los de aquel grupo. Lo había visto alejarse cabalgando majestuoso cerca del conde de Castilla y ahora lo intuía contemplando su ciudad desde el extremo del valle.

Era posible que estuviera pensando en él. Al menos le gustaría que así fuese.

Tal vez iba a transcurrir mucho tiempo hasta que volviesen a verse. Tal vez, ¡Dios no lo quisiera!, no volvería a verlo nunca más.

Se le hacía un nudo en la garganta al imaginar tal cosa, pero cierto era que se iban a separar en muchas, muchísimas leguas. Harían falta largas jornadas a lomos de un ágil caballo árabe para salvar tamaña distancia.

Pero, sobre todo, iba a hacer falta una fuerza de gigante y una enorme determinación para saltar el abismo entre los dos pueblos. Su padre lo había superado una vez porque era un gigante, pero eso no garantizaba que pudiese volverlo a hacer; ni tan siquiera que tuviera intención de hacerlo. Lo había saltado para recuperar a toda su familia y ahora tan sólo quedaba él, que se había negado a acompañarlos en su regreso a las tierras de Castilla. ¿Por qué su padre iba a querer intentarlo de nuevo si ahora él no había querido unirse a su madre y a sus hermanos?

12 Confiaba en que hubiese entendido sus razones, en que no le guardase rencor por haberse quedado en Qurtuba. Toda su vida estaba allí: sus amigos, sus sensaciones, sus vivencias. Y Zaida. Su amor por la joven era el lazo más poderoso que había sentido en toda su corta existencia. La quería más que a su propia vida. La adoraba, si esa expresión no ofendía al Dios justo y misericordioso. Daría cualquier cosa por estar a su lado siempre.

Desde que su segundo padre, el viejo Abdelaziz Ben Ismail Ibn al Dabbagh al Tanjauí, lo compró en el mercado de esclavos a aquellos bandidos que los habían arrancado de sus tierras castellanas y se lo llevó a la que a partir de ese día iba a ser su nueva casa, el destino lo cosió a Zaida.

Llegó allí llorando desconsoladamente. ¿Cómo no va a llorar un niño de cuatro años al que separan violentamente de su madre y sus pequeños hermanos? Nada fue capaz de calmarlo hasta que se le acercó aquella niña y le besó en la mejilla. ¿Puede un niño de cuatro años recordar una cosa así? Él, desde luego, sí; lo recordaba con absoluta nitidez. Lo había revivido tantas veces en su memoria que era como si se lo hubieran grabado con un hierro al rojo en lo más profundo de su conciencia. Si el beso se lo hubiese dado en ese mismo instante, lo ten-

dría exactamente igual de fresco. Igual. Lo llevaba permanentemente fijado a la piel.

A aquella niña la vio jugar cada día junto a las otras niñas de la casa. La observó crecer y hacerse poco a poco mujer a medida que él mismo crecía y se hacía hombre. Desde que su cerebro empezó a aprehender que la vida no es solamente juegos, desde que comenzó a intuir que la infancia no es más que una etapa fugaz en la vida de un hombre, sabía que aquella niña estaba destinada para él. Se lo confirmó su nuevo padre en cuanto creyó que su mente de niño era capaz de entenderlo.

Y desde luego lo entendió perfectamente. Cuando escuchó a Abdelaziz Ben Ismail Ibn al Dabbagh comunicarle que su hija menor estaba reservada para él, se limitó a acariciarse la mejilla en el lugar del beso. ¡Si ya lo sabía! ¿Por qué, si no, llevaba aquel beso fijado a su piel?

La boda se iba a celebrar dentro de pocos meses. ¡Cuánto le hubiera gustado que toda su familia hubiera esperado hasta la ceremonia antes de regresar a Castilla! Pero no pudo ser. Una vez cumplida con éxito su misión de apoyar a Suleyman para elevarlo al trono y después de asistir a la coronación del nuevo califa, el conde Sancho tenía mucha prisa en volver a sus tierras y allí iban todos los cristianos, uno tras otro, desapareciendo de su vista por el extremo norte del valle.

—¡Qué dolor, mi Dios!, me causa esta separación —exclamó Tomás, aunque nadie podía oírlo—. Tan sólo puedo mitigarlo con argumentos. Mi amor total ya sería sobrado motivo para soportarlo, pero además de ese amor, tengo un compromiso que cumplir

Eso sí que estaba seguro de que lo comprendería su padre. En las pocas horas en que había podido hablar con él, tan sólo unas pocas horas en toda una vida de diecisiete años, su padre le había hablado precisamente de compromisos.

—Hijo mío —le dijo, con aquella voz profunda que tanto le había impresionado—, un hombre solamente tiene derecho a llamarse hombre si es capaz de cumplir con sus compromisos. Tomás, tu palabra es tan importante como tu vida. Si la empeñas, cumple, porque los hombres no deben ser esclavos de otros hombres pero sí deben serlo de sus palabras, es decir, de ellos mismos.

Eso le había dicho.

—Y eso voy a hacer, padre, voy a cumplir con mi compromiso. Jamás el cumplimiento de una promesa habrá sido tan placentero para el que lo realiza. Voy a hacer mía ante los hombres a la que ya lo es ante el buen Dios justo y misericordioso, a la que Él me designó en su infinita sabiduría. Por eso me quedo, padre, por lo mismo que tú viniste hasta aquí buscando a tu familia: por amor, padre. Y yo sé que tú me entiendes y me bendices.

Todas esas palabras salieron de su boca mientras miraba a aquellas figuras lejanas con la certeza de que su padre, al que ni siquiera podía distinguir, era, sin embargo, capaz de escucharlo. Con los ojos del alma percibió su sonrisa de aprobación y el gesto de su mano dándole la bendición al modo de los cristianos.

14 Cuando ya toda la tropa había desaparecido entre las dos masas de árboles, el pequeño grupo de caballeros se encaminó tras la estela de los soldados y se ocultó definitivamente a la vista del muchacho. Las sombras se apoderaban con avidez de todo el valle, la lluvia no cesaba, tenue pero persistente, y Tomás seguía allí, con la espalda apoyada contra el tronco de la higuera y la mirada prendida en el punto por donde habían desaparecido los castellanos.

—¡Sabía que te encontraría aquí!

La voz lo sacó de la ensoñación. No había oído acercarse a su amigo Ahmed Ibn Amir y se sobresaltó al escuchar sus palabras.

—¿Qué haces en este lugar, con esta noche tan lluviosa y desapacible? No es tiempo para la meditación. Tu padre me ha enviado a buscarte. Dice que no te ha visto en todo el día y temía que te hubiera ocurrido algún mal.

—El pobre viejo todavía duda de mi decisión. Pasarán varios días hasta que se convenza completamente de que no tengo intención de regresar a las tierras de los cristianos.

—Será mejor que lo tranquilices con tu presencia. No sé cuánto tiempo llevas aquí pero debe de ser mucho a juzgar por el estado de tus ropas. Estás empapado.

Dio el joven unos pasos apartándose de la higuera sin dejar

de mirar al extremo del valle. Con las tinieblas adueñándose de cada rincón, aún fue capaz de vislumbrar el lugar por el que los caballeros se habían adentrado entre los árboles. Hizo un gesto con el brazo lanzando un último adiós a su padre y dando media vuelta se encaminó junto a su amigo hacia los arrabales de la gran urbe. La brisa de levante les acercó la llamada de los almuédanos a la oración del ocaso.

Caminaron deprisa a la débil luz de una incipiente luna semioculta entre los nubarrones. No tenía Tomás el ánimo para la charla, pero por el contrario Ahmed Ibn Amir se mostraba pleno de entusiasmo. Corto de estatura y magro de carnes, gesticulaba enérgicamente mientras hablaba.

—Vivimos tiempos de mudanza, amigo mío, tenemos que estar listos para que no se nos escapen las ocasiones. Se han impuesto los beréberes y ahora son ellos los que van a decidir. Muchas cosas van a cambiar y muchas funciones importantes habrá que desempeñar. Éstas son buenas gentes, pero carecen de personas con la formación adecuada...

—¿Buenas gentes? Creía que los odiabas.

—¿Qué dices? Pero si mi abuelo nació en las montañas del Rif. Era un gran guerrero que murió combatiendo junto a Ghálib y Al Mansur en la conquista del castillo de la Mola. ¡Un león con la lanza!

—Nunca me habías contado eso. Estaba convencido de que tus antepasados vinieron de Damasco.

—Te lo narré cien veces pero es que no me escuchas cuando te hablo. Siempre estás absorto en tus propios problemas.

—¿Qué dices, hermano? Me parece que estás intentando confundirme. Le preguntaremos a Samuel y ya veremos qué argumentas cuando compruebes que él corrobora mis palabras.

—Deja a ese judío cabezota. Pasa más tiempo en la biblioteca que en la calle, y así le luce: su rostro está adquiriendo tal tonalidad pajiza que se diría que empieza a faltarle la vida. El mezquino piensa que los libros le van a dar lo que le negó la estirpe.

—Tiene facilidad para aprender cosas y hace bien en cultivar sus facultades. Ya sabes que siempre se interesó por las causas que hacen que nuestra salud se debilite. Su ilusión es ser un

buen médico y creo que lo conseguirá. Es su deseo seguir los pasos de su abuelo.

Ahmed Ibn Amir hizo un gesto con las manos como apartando un molesto insecto.

—Bah, mejor haría en preocuparse por su propia vitalidad. Es en la calle donde se aprende lo que hay que saber y no en esos libros apestosos. No disponemos de tanto tiempo como para entretenernos en escarbar en esos rancios textos. No hay más libro que el Corán; en él está todo lo que necesitamos saber. Todo lo demás hay que aprenderlo de la gente. Si estás atento y observas a tu alrededor podrás impregnarte de los conocimientos que andan flotando por el aire. ¿Has mirado en tu entorno? ¿Qué has visto? Vivimos tiempos de mudanza, tenemos que estar muy atentos para no perder el sitio en la fila; mejor dicho, para apartar a los otros y ponernos delante. Ahora mandan los beréberes, vale; pues nosotros beréberes. Así hasta que llegue el día en que seamos nosotros los que digamos quién manda. Hasta entonces ponte en el sitio adecuado y verás como todo será más fácil.

16

Atravesaron dos alquerías acompañados por los ladridos de los perros y accedieron a las primeras callejas de los arrabales, tropezando constantemente en la semipenumbra. Por momentos les asaltaba el intenso hedor de carne putrefacta que emitían los cadáveres que aún quedaban por enterrar. Cerca de alcanzar las murallas de la villa tropezaron con un bulto y a punto estuvieron de caer a tierra, por lo que se detuvieron intentando averiguar de qué se trataba. De un amasijo de márragas mugrientas emergió una mano huesuda seguida inmediatamente por una cabeza de mujer. El negro cabello ensortijado coronaba un rostro oscuro en el que refulgían dos ojos de brillo azafranado, con esa luz que despide la mirada de los gatos en la oscuridad. Observó a los dos sorprendidos jóvenes unos instantes y después apuntó con su dedo índice hacia el cielo. Con una voz rota, de perfil metálico, tan chirriante como dos espadas al cruzarse, clamó:

—¡Miseros mortales, no ofendáis a la perla! ¡No ofendáis a la perla!

Después se dio media vuelta y volvió a cubrirse con las te-

las. Tras unos instantes de vacilación los dos amigos continuaron la marcha.

—¿Qué habrá querido decir? —inquirió Tomás.

—Nada —contestó Ahmed un poco inquieto—, no creo que haya querido decir nada. Seguramente estará loca y pensará que es una perla.

—No sé si era eso. Sonaba como un maleficio.

Todavía con el susto en el cuerpo traspasaron las murallas y una vez allí, alguna antorcha de tanto en tanto les hizo algo más asequible la marcha. Llegando a la plaza de la gran mezquita, como anduvieran aún impresionados por el encuentro con la mujer, Ahmed quiso olvidarse de los malos farios y señaló hacia una casa que, protegida tras una blanca tapia, sólo dejaba ver su parte alta, en la que destacaban ocho bellos ajimeces.

—Ahí es donde tenemos que venir, Abdelaziz, ahí es donde nuestro poderoso caudal de vida debe encontrar el cauce por el que deslizarse. Me han contado tantas cosas hermosas de la dueña de ese palacio que no cabe en mi mente otro pensamiento que el de ser admitido a las reuniones que organiza esa princesa del amor, esa reina de los placeres, esa maestra sublime en el arte de la satisfacción y el reposo de los hombres.

—Pero ¿acaso la has visto?

—Sí, la vi unas fechas antes de la muerte de Abd al Rahman Sanyul, en el zoco. Cierto es que iba rodeada de esclavas y no pude examinarla con el detenimiento que hubiera deseado, pero su sola proximidad, el aroma que desprendía, el halo que liberaba al caminar, fueron suficientes para que todo mi espíritu sufriera una brutal sacudida.

—¿Y cómo piensas llegar hasta ella?

—Lo tenía todo perfectamente organizado pero esta maldita situación ha trastocado mis planes —contestó Ahmed, torciendo el gesto—. Mi padre le hizo algunos favores a Muly Ibn Kaldoun el negro y éste ya se había comprometido a llevarme a una fiesta antes de que el invierno nos atenazara, pero ahora ha huido con las tropas de Al Mahdí. Se ha convertido en uno de los principales capitanes de su ejército, así que tendré que procurarme nuevos amigos. Esto me va a llevar un tiempo.

—Pero ¿tú crees que tu princesa va a poder seguir con sus fiestas con lo revuelto que está todo?

—Desde luego, ¿por qué habría de cambiar? Nos odiamos unos a otros y nos matamos por detentar el poder, pero nos ponemos de acuerdo con presteza para disfrutar de los encantos de una bella mujer. Ningún hombre se va a atrever a interrumpir las reuniones de Maryam bint Hassan al Karoubi, la flor más hermosa del jardín del paraíso. Si me apuras, ahora su posición estará fortalecida, puesto que su difunto esposo, el viejo y rico Ibn Qasem, era primo del nuevo califa Suleyman. Si antes sus fiestas eran fastuosas imagina cómo serán a partir de ahora. No dudes que encontraré el modo de ser invitado y no te preocupes, si te portas bien, te llevaré conmigo —concluyó riendo.

En la esquina de la calle de los curtidores se separaron los dos amigos y Tomás se encaminó hacia su casa cuando el almuecín llamaba a la oración de la noche. Al verlo entrar, su viejo padre se levantó de la alfombra en la que estaba sentado con más agilidad de la que se pudiera imaginar al contemplar su deteriorado aspecto.

—¡Hijo mío! Alá es justo y misericordioso, me tenías muy preocupado.

—Padre, no sé por qué te inquietas, necesitaba aislarme para meditar en soledad y fui al lugar al que de niño me llevabas a menudo.

—Tus ropas están empapadas. ¿Tan absorto estabas que no podías reparar en la lluvia? ¿Tanto tenías que meditar?

—No te preocupes más, padre —aseguró, procurando tranquilizar al viejo—. Vete a descansar que yo haré lo mismo y mañana lo verás todo con más serenidad de ánimo.

Se introdujo en su pequeño cuarto, se quitó las ropas y se tendió en el camastro, pero no se durmió, ni siquiera cerró los ojos. La oscuridad de la diminuta habitación parecía estar llena de extrañas criaturas que danzaban sobre su cabeza rebotando de una pared a la otra; negros fantasmas que le mantenían en vigilia a pesar del extenuante día que había vivido. ¿Qué iba a pasar a partir de ahora? ¿Qué le tenía destinado el Dios que todo lo sabe y todo lo puede? Su familia se había marchado al norte cristiano. Su padre, su madre y sus hermanos de sangre regre-

saban a las tierras del otro lado de la frontera. Él había decidido permanecer en la ciudad renunciando a retornar a sus orígenes. Llevaba allí desde los cuatro años; nada recordaba de la etapa anterior. Toda su vida estaba en Qurtuba, todas sus vivencias las tenía enganchadas en sus calles y plazas. Sentía que el aire que respiraba era su aire, que los olores era sus olores, que los ruidos eran sus ruidos, que los colores eran los suyos. Que el cielo que los cubría era su cielo. Su nuevo padre, el viejo Ben Ismail, lo había educado en el Islam, le llamaba Abdelaziz, rezaba junto a él en la mezquita y juntos respetaban al Dios de los musulmanes.

Y además estaba Zaida. Notaba que su corazón le ordenaba quedarse junto a ella, su futura mujer, la que iba a ser la madre de sus hijos si el Dios justo y sabio tenía a bien que así fuese.

Pero su padre de sangre se había dirigido a él durante todo el tiempo que había permanecido en Qurtuba llamándole Tomás, y así era como le llamaba también su madre cada vez que había ido a verla a la casa en la que había permanecido doce años como esclava del rico mercader Ibn Hamoum. Y su madre también le hablaba del Dios de los cristianos y de las tierras de Castilla de donde los trajeron cautivos y adonde regresaban todos ahora.

Todos menos él.

Empezaba a sentirse confuso; no alcanzaba a tener la absoluta certitud de ser Abdelaziz o Tomás, o ambos a la vez. ¿O quizá no era ninguno de los dos?